



LAS NALGADAS QUE DEJAN MARCAS

Cuando hablamos de disciplinar a los niños, a veces oímos coloquialmente: “Le di una buena nalgada”, o “Le pego por su bien”. Es como si quisiéramos darle una connotación positiva al castigo corporal. Pero ¿cómo puede ser “buena” una nalgada si le estamos ocasionando dolor? ¿Podemos hacerle ver el bien cuando le estamos haciendo daño?

En realidad, el castigo corporal es una forma de represión o de condicionamiento por aversión. Esta forma de disciplina negativa procura eliminar un comportamiento inaceptable en el niño. Para la domesticación de mascotas es una práctica muy utilizada. Desgraciadamente, también es común que le sirva al adulto como medio de liberación de su propia tensión o enojo. Sin embargo, generalmente se admite que los golpes propinados a los niños son, a largo plazo, ineficaces.

En efecto, los castigos corporales imponen a corto plazo la obediencia del niño, pero después generan miedo, agresividad, deseos de venganza o rebeldía, y

la voluntad de querer ocupar una posición de poder. La violencia física hacia los niños puede ser el origen de la violencia entre los adultos.

¿Cuáles son los efectos en la esfera afectiva y social de los castigos corporales en los niños? Lo más importante para un niño es la relación que tiene con sus padres. Cuando recibe golpes de su padre le genera inevitablemente confusión. ¿Qué tan sincero es su amor? Es difícil interpretar que uno es amado si está siendo golpeado.

Ante la violencia física, el niño se siente inevitablemente inseguro. Intentemos imaginar lo que siente un pequeño que pesa 15 kilos, quien es golpeado por un adulto de 75 kilos. Obviamente las circunstancias son desiguales: el adulto abusa con su fuerza. Es posible entonces que el niño adopte una actitud vigilante, defensiva, desconfiada ante los adultos que lo rodean. Hemos conocido a niños que, como reacción, se enroscaban ante la presencia de un adulto. Vivir con un sentimiento de seguridad física y psicológica es una ne-



cesidad básica para el desarrollo del niño.

EDUCAR SIN PEGAR

Educación consiste en responder a las necesidades del desarrollo del infante y, a la vez, transmitir valores, lo cual se consigue, primordialmente, a través del ejemplo y siguiendo reglas de conducta.

Pegándole a su hijo, el padre envía un peligroso mensaje: le avisa que los problemas se pueden resolver por medio de la violencia física. De ese modo, el niño aprende que se vale recurrir a la agresión corporal, y que es una forma aceptada de relacionarse con los demás.

Algunas investigaciones han demostrado una correlación significativa entre la utilización del castigo

corporal y los comportamientos inadaptados, tales como la delincuencia, la violencia, los homicidios, el abuso de drogas, alcohol, y tentativas de suicidio.

Los abusos físicos y la negligencia forman parte de la historia de la mayoría de los criminales. Está comprobado científicamente que los niños que vivieron castigos corporales suelen ser más violentos con sus compañeros.

Prohibir cualquier tipo de castigo corporal para la educación de los hijos es una medida preventiva. En efecto, hay un peligro de que la violencia suba de grado. Por ejemplo, si un padre en pleno enojo cachetea a su hijo, es muy probable que éste reaccione de manera negativa.

Ante la protesta del niño, el enojo del padre puede aumentar un grado más, lo cual conlleva a que el niño sea golpeado con más fuerza o, peor aún, a ser azotado contra una pared o con traumatismos en la cabeza.

La cachetada del principio que puede parecer anodina deriva en una agresión brutal y peligrosa para el menor. Está probado que inclusive las formas leves de castigos corporales aumentan el riesgo de violencia y abuso.

Hay niños que aún siendo víctimas de golpes en su hogar defienden a sus padres. Desgraciadamente los pequeños quieren proteger la relación de apego que sienten hacia sus padres, aunque éstos sea abusadores. El niño tiene la necesidad de convencerse de que

sus padres lo aman, y para merecer este amor aprende a subestimar su miedo, su enojo y hasta su dolor con tal de no poner en riesgo la relación.

En ocasiones resulta patético escuchar las excusas que elaboran los niños para justificar la violencia de los padres.

Es normal que los infantes se identifiquen con las figuras que lo rodean. Cuando se encuentran en contacto con un adulto al cual aman y constatan que es incapaz de frenar sus pulsiones o de autocontrolarse, es frecuente que el niño reproduzca este modelo negativo.

Por otra parte, un niño golpeado tiene una baja autoestima. Deduce que no tiene valor ante los ojos de los padres, que no lo aman lo suficiente y que en vez de protegerlo lo golpean. Muchos menores víctimas se sienten tan culpables que juzgan que merecían las nalgadas y acaban por interiorizar una imagen negativa de ellos mismos: se ven como malos y sin valor.

Los castigos corporales imponen a corto plazo la obediencia del niño, pero después generan miedo, agresividad, deseos de venganza o rebeldía